

elementos que la componen carecen de consistencia y trabazón. Las adquisiciones que logra la debilitan en vez de fortalecerla, y á los peligros constantes que la amenazan, por tener que luchar dentro de casa con nacionalidades refractarias, agrega otros, aspirando á ejercer la hegemonía en Italia, por una parte, y en Alemania, por otra. Descúbranse en su horizonte político negras nubes, que presagian á Solferino y á Sadowa.—Nuestra patria ningún beneficio obtuvo del congreso de Viena, no obstante que, desde mil seiscientos sesenta y siete, sus pérdidas territoriales excedían en mucho á las dos potencias más maltratadas por Napoleón: ni acertó á hacer valer sus derechos, ni pudo á lo menos alcanzar el premio debido á los heroicos servicios que prestara á la causa general. Fernando VII no se ocupaba sino en cebar su saña cruel en los liberales, que le habían conservado el trono, y nuestro plenipotenciario en la Asamble rehusó suscribir el acta final, á causa de lo de Parma y Olivenza, con lo que fué excluida España de las negociaciones que establecieron el nuevo derecho público de Europa.

El Congreso de Viena sancionó escandalosos abusos de fuerza ó irritantes injusticias, sentando ejemplos que más adelante debían dar frutos perniciosos. El tratamiento infligido al rey de Sajonia en mil ochocientos catorce, sirvió de precedente al más radical aplicado en mil ochocientos sesenta y seis al rey de Hanóver y á otros soberanos. En mil ochocientos sesenta y cuatro, se atropelló á la monarquía dinamarquesa, no habiendo razón para que entonces se les respetara más que en mil ochocientos quince. Los pueblos no salieron bien parados de manos de la diplomacia europea. Recuérdese sino los belgas sacrificados á Holanda, Génova entregada al Piamonte, Italia agarrotada, los polacos repartidos como vil rebaño, Venecia y Ragusa vendidas á Austria, Alemania burlada cínicamente y Grecia despreciada. Gentz no disimulaba en sus cartas cuán imperfecta le parecía el acta final, de que era, sin embargo, uno de los autores principales: en su opinión, no podía ser sino un acuerdo provisional. «Esta, escribía, llena de defectos y lagunas; no ofrece más que disposiciones de detalle y arreglos fragmentarios; parece una transacción pasajera...» Si se entiende, pues, á lo que vamos diciendo, hay que formular un juicio severísimo acerca de los trabajos del célebre Congreso. No obstante, el mismo Gentz agrega: «Con todo... se han vencido multitud de cuestiones difíciles, de pormenores enojosos, de pretensiones contradictorias, de intrincados problemas. Los Estados pueden dar cima ahora á más altas empresas; el tratado que acaba de firmarse les ha allanado el camino». En efecto, siendo justos, debemos reconocer que, á pesar de lo incompleto de la concepción y de lo empírico, arbitrario y abusivo de muchas de las conclusiones, la obra de Viena proporcionó á Europa el período más largo de paz y civilización de que disfrutara hasta entonces. Los puntos flacos que presentaba y que motivaron su ruina, eran precisamente aquellos en que habían desplegado su arte más sutil los diplomáticos. Computaron éstos con bastante aproximación, el número de habitantes de los territorios repartibles y apre-

ciaron con la debida exactitud, aplicando la fórmula de la *Comisión de Estadística*, su valor económico, militar, agrícola, industrial y su fuerza productiva; mas prescindieron del estado de sus almas, de sus aspiraciones, de que eran individualmente, hombres, no unidades abstractas, y, colectivamente, no sumas aritméticas, sino complejos orgánicos. En una palabra, midieron las fuerzas materiales, pero olvidaron calcular ó desconocieron la importancia de las morales; de aquí la falta de solidez del edificio que levantarán.

Nueve días después de firmada el acta final del Congreso de Viena, se decidía en la batalla de Warterlóo, la suerte del resucitado Imperio napoleónico. Refiramos lo ocurrido en el segundo y breve período de su existencia.

Reinstalado Napoleón en las Tullerías, se afaná por inspirar confianza hablando de paz y de libertad; llamó á la dirección de los negocios públicos á algunos de sus antiguos ministros, incluso Fouché, que volvió á poner al frente de la policía, y les asoció dos personas, Davout y Carnot, cuyos nombres debían causar el mejor efecto en la opinión. Confió al primero el ramo de Guerra y al segundo el de lo Interior, aceptando ambos, por patriotismo, la pesada carga que echaba sobre sus hombros. Aunque no creía en la paz, resolvió no tomar la ofensiva, tanto para no poner tan pronto en contradicción sus actos con sus palabras, cuanto por necesitar tiempo para reorganizar el ejército. Además, tenía que imponer su autoridad en los departamentos monárquicos del Oeste y el Sud, y calculaba que no estaría preparado para la guerra hasta dentro de tres meses.

En tanto el Emperador se posesionaba nuevamente del poder, el rey destronado, abandonando el camino que tomara primeramente, bajó á Lille, siguiendo el consejo de Macdonald. Luis XVIII fué bien recibido por los habitantes de la rica ciudad del Norte, mas la actitud hostil de la guarnición le obligó á proseguir su viaje, pasando á Bélgica. Macdonald y Mortier le acompañaron hasta la frontera, en donde se despidieron de él, no queriendo dejar á Francia. También el duque de Orleans le pidió permiso para no seguirle, pretextando que deseaba continuar en Lille, á fin de conservarle esta población el mayor tiempo posible: realmente, su conducta le fué sugerida por el temor de perder la popularidad si le veían buscar, con el monarca fugitivo, la protección de los enemigos de Francia.

El restablecimiento del Imperio se había verificado sin disparar un tiro. Exelmans fué á Lille, donde se disolvió el cuerpo de la Casa Real; Mortier, después de dudar algo, se sometió al Emperador; Luchet hizo que aclamasen á Napoleón en Strasburgo, Jourdan en Ruan, Augereau en Valence, el almirante Bouvet en Brest. Las resistencias locales no tardaron en ser dominadas.

En Burdeos, la duquesa de Angulema, «el único hombre de la familia», que dijo Napoleón, recorrió los cuarteles tratando de entusiasmar á las tropas; su intento fué vano; no pudo conseguir que gritaran ¡Viva el rey!, y hubo de emprender, acompañada del



alcalde Lynch, el camino del destierro. En Tolosa, Vitrolle y el duque de Angulema se esforzaron en constituir un gobierno central y reunir voluntarios realistas; alistáronse algunos nobles y estudiantes, mas no bien salieron de Tolosa, enarbolóse en esta ciudad la bandera tricolor, al tiempo que el general Chartran proclamaba al Emperador en todo el alto Languedoc. La región del Ródano ofreció mayor resistencia. Massena organizó aquí una banda de realistas y consiguió ciertas ventajas sobre sus adversarios, lo que de nada le sirvió, porque el duque de Angulema, que había entrado en Valence, fué vencido en Montelimar, y, como le cortaran la retirada, capituló á condición de que le permitieran embarcarse en uno de los puertos del Mediterráneo, y entonces Massena hubo de someterse también. Napoleón ratificó la capitulación pactada con el duque de Angulema, pues no tenía ningún interés en repetir la tragedia del duque de Enghien; sino, antes al contrario, quería aparecer magnánimo, para que su proceder contrastara con el de los Borbones que le habían proscrito. En la Vendée, la oposición de los legitimistas amenazó degenerar en guerra civil. El duque de Borbón y el general Antichamp lograron reanimar los antiguos odios de los blancos contra los azules, formáronse grupos de chuanos; pero la firme actitud del general Foy desalentó á los partidarios de la bandera blanca, al punto que el duque de Borbón debió embarcarse poniendo el rumbo á las costas de España: en cinco días, la paz pareció restablecida. Empero, algo después, renació el movimiento con caracteres más imponentes. Antichamp, Suzannet y Sapinaud levantaron el país, prendiendo el fuego de la insurrección en Vendée, Bretaña, Anjou y el Maine. El joven marqués de La Rojecquelein, enviado por Luis XVIII, se puso al frente de los rebeldes. Durante todo el mes de Abril, las columnas de soldados, de gendarmes y de aduaneros fueron impotentes para pacificar aquellas provincias. Fouché, que había prometido á Napoleón acabar con este levantamiento, convenció á los sublevados, valiéndose del conde de Malartie, antiguo jefe del Estado Mayor del ejército del Maine, de que la insurrección era prematura y más perjudicial que útil á los Borbones. Estas gestiones produjeron el resultado apetecido y el país cobró la tranquilidad: sólo el marqués de La Rojecquelein persistió en combatir, siendo muerto en un encuentro que tuvo con la columna del general Travot.

Napoleón estaba de enhorabuena, había triunfado de sus enemigos interiores; los exteriores, en cambio, le amenazaban más airados que nunca. Las tentativas de reconciliación practicadas por el Emperador eran rechazadas, y los correos franceses detenidos en todas partes. Los pueblos, al menos en Alemania, aprobaron la resolución de sus gobiernos de no transigir con Napoleón, y en las provincias germánicas renació la agitación patriótica con la misma violencia que en mil ochocientos quince. El terror y el odio que inspiraba «el tirano de Europa» sofocaban ó suspendían los disentimientos próximos á estallar entre los príncipes y los pueblos. En Inglaterra no se hallaban los ánimos tan exci-

tados como en Alemania. El pueblo británico, frío é imparcial, había visto con disgusto la política seguida por los Borbones; hallábase poco satisfecho de la marcha del congreso de Viena, y su enemiga contra Napoleón era mucho menor que en años anteriores. El gabinete inglés había experimentado algunas vacilaciones, no así Wéllington, que reemplazara en Viena á Castelreagh, el cual no titubeó, y sin esperar á recibir instrucciones, firmó el tratado de veinticinco de Marzo. Los ministros ingleses no se atrevieron á desautorizarle; pero temiendo que las Cámaras condenaran tanta precipitación, se apercibieron á engañarlas, y lord Castelreagh, recurriendo á un equívoco, dijo en el Parlamento que no se había contraído compromiso de hacer la guerra para restaurar á los Borbones. Los adversarios del gobierno presentaron una moción recomendando la paz; mas aquél impidió su aprobación, negando que la guerra estuviese acordada. Mentía descaradamente, pues se hallaba ya decidido no sólo á hacer la guerra, sino á hacerla en beneficio de Luis XVIII. Para mayor disimulo, el gabinete británico mandó á los navíos ingleses que respetaran el pabellón francés, y Wéllington, que de Viena se trasladó á Bélgica, se opuso á que se realizaran demostraciones hostiles contra la frontera de Francia. Publicóse, al fin, el tratado de veinticinco de Marzo, y entonces se descubrió la impostura de Castelreagh. La oposición parlamentaria puso de manifiesto la mala fe de los ministros, y suscitó un solemne debate el día veintiocho de Abril. El gabinete, no pudiendo ocultar ahora el alcance del pacto celebrado, procuró justificarse insistiendo en que las potencias no se proponían imponer á Francia un gobierno determinado, y á pesar de lo débil de esta defensa, el Parlamento, que no confiaba en las pacíficas protestas de Napoleón, votó la guerra por gran mayoría. Austria se asoció á la reserva hipócrita del gobierno británico.

Francia iba á encontrarse otra vez sola frente á Europa. Napoleón no se había forjado ilusiones en este punto; pero en vez de apelar al único recurso de salvación que le quedaba, cual era promover un levantamiento general del país, como el de mil setecientos noventa y dos, se valió de un ardid, para acallar sus temores, haciendo asegurar á su ministro de policía y una comisión del Consejo de Estado, que la declaración de las potencias de trece de Marzo era un documento apócrifo, forjado por Talleyrand. A pesar de sus alardes de liberalismo, no estaba curado de su antipatía á los movimientos y fuerzas populares; quería ser siempre el Emperador, no el jefe ni el general de la Revolución. Al día siguiente de haber supuesto Fouché y los consejeros de Estado que era falsa la declaración de trece de Marzo, el ministro de Negocios Extranjeros debió reconocer su autenticidad, como asimismo que se había renovado el pacto de Chaumont y que los ejércitos extranjeros amenazaban las fronteras de Francia; pero aun agregaba que los planes formados por las potencias no pasarían de la categoría de proyectos y que, según todas las probabilidades, la nación no se vería obligada á combatir por su independencia. En otras



relaciones oficiales se reducía justamente á la mitad el contingente de los aliados, que se evaluaba en cuatrocientos mil hombres no más.

Con todo esto se tendía á comprimir el ardor nacional, que hubiera convenido, por el contrario, exaltar á cualquier precio. La opinión, aunque no estaba tranquila, moderó sus ímpetus. Sin embargo, el sentimiento de la patria llegó á abrirse paso. En Bretaña, las ciudades se federaron para oponerse á los enemigos interiores y exteriores, á la vuelta posible de los chuanos y á los ataques marítimos de los ingleses. Napoleón se asustó é irritó al tener noticia de este hecho, pero se le hizo comprender la necesidad de sancionarlo, y el movimiento se propagó al Anjou, por un lado, y á los departamentos orientales, por otro, extendiéndose, al fin, á Francia entera, bien que en proporciones muy desiguales. La consigna de los federados bretones era la defensa de la libertad; se les obligó á añadir «y del Emperador», haciéndose lo mismo en todas partes. En París se alistaron veinticinco mil federados, que en su inmensa mayoría moraban en los arrabales; la clase media inferior mostrábase indiferente; la alta, hostil. El catorce de Mayo, revistó el Emperador, en el Carrousel, á los federados de los arrabales de San Antonio y San Marcelo. Los voluntarios le presentaron un mensaje, redactado en términos nobles y patrióticos; «esperaban de él, le decían, una gloriosa independencia y una prudente libertad». Napoleón les dirigió un discurso muy democrático, gritando al concluir: «¡Viva la nación!» Prometiéndoles armas, pero no se las dió; tampoco quiso entregárselas á los federados de Lyon.

Si temía á los federados, el ejército, en cambio, le inspiraba ciega confianza; mas no impulsó los armamentos con la celeridad necesaria, acaso para mantener en el país la ilusión de la paz. Debe, además, advertirse que, aunque Davout y Carnot eran los dos hombres más capaces de secundarle en aquellas circunstancias, los mariscales y generales estaban divididos, y los prefectos y restantes funcionarios civiles, que aparentaban ahora ser imperialistas tan entusiastas como fueran la víspera legitimistas ardientes, carecían de la autoridad moral indispensable para hacer cumplir estrictamente los decretos del gobierno. Estó sin contar con que, en algunos departamentos del Mediodía y del Oeste, la opinión seguía siendo contraria al Imperio, y en otras provincias guardaba fría reserva. Luis XVIII se había despedido de los franceses dando una ordenanza en que licenciaba el ejército y que los realistas repartían ahora profusamente en los campos, de lo cual resultaba que, en comarcas donde no se habría levantado un solo hombre en favor del Rey, más de uno accedía á la invitación de no moverse de su casa.

Napoleón participaba de la tristeza ansiosa que invadía al mayor número. Muchas causas secundarias contribuían á deprimir el ánimo de nuestros vecinos; pero la principal dependía del mismo Emperador, en quien la fuerza y persistencia de la voluntad y la prontitud y fijeza en las decisiones no eran las de antes. Parecía otro hombre. El testi-

monio de Mollien, de La Valette, de Benjamín Constant no deja dudas en este punto. El más expresivo es el de Carnot: «No le conozco, escribía el antiguo convencional; diríase que el audaz regreso de la isla de Elba ha agotado su savia enérgica: fluctúa, vacila. ¡Él tan rápido en las resoluciones en vez de obrar, pierde el tiempo charlando inútilmente; él tan imperioso en el mando que cualquier consejo se le antojaba un insulto, pide su opinión á todo el mundo; él que se ocupaba en cuanto quería y todo el tiempo que quería, padece frecuentes distracciones y á lo mejor le acomete el sueño, cuando antes podía dormirse y despertarse á voluntad. La descomposición de la persona ha seguido á la del Imperio». La salud de hierro de Napoleón se había alterado; en efecto, desde la campaña de Rusia, la fortaleza de su alma estaba quebrantada; no tenía ya fe en su fortuna. La magnitud y la inminencia del peligro exterior, que en otros tiempos le hubieran excitado, ahora le turbaban. La situación interior de Francia le preocupaba tanto como la internacional; el estado de aquella sociedad era nuevo y contrario á su genio; en lugar de la atmósfera del Imperio, encontraba el ambiente de la Revolución.

En su marcha, desde el golfo Juan á París no había escatimado sus promesas liberales; pero le costaba sumo trabajo acostumbrarse al cambio. Considerando que le era imposible no cumplir su oferta de emancipación á la Prensa, el veinticinco de Marzo había suprimido la censura; los periódicos usaban y abusaban de la libertad que disfrutaban, desquitándose de los largos años de esclavitud que sufrieran. Todo se decía; de todo se hablaba con pasión y ardimiento. Resonaban en las calles la *Marsellesa* y demás aires revolucionarios, causando terror á los realistas y espantando á las personas tímidas. Esta agitación, empero, demagógica en la superficie, patriótica en el fondo, era más aparente que real.

Napoleón, no obstante su repugnancia, hubo de continuar avanzando por el camino de las reformas. Debía, en primer término, establecer una representación nacional, digna de este nombre; mas como se hallaba habituado á las asambleas mudas del período precedente y le molestaba y enojaba la idea de afrontar la oposición de cuerpos deliberantes verdaderos, discurrió redactar una Constitución y promulgarla, aunque sin ponerla en vigor en lo tocante á las Cámaras, mientras no hubiese obtenido algunos triunfos en la próxima guerra. La manera como llegó á hacerse de la nueva Constitución es muy curiosa. Benjamín Constant, el célebre tribuno de la época del Consulado, luego enemigo acérrimo del Imperio y autor del artículo publicado contra Napoleón el diez y nueve de Marzo en el *Diario de los Debates*, vivía oculto en París, temiendo las iras del Emperador. Supo éste donde se escondía, le llamó á su despacho, le recibió cual sin ningún agravio mediara entre ellos, y después de decirle que quería cumplir sus compromisos dando á Francia una Constitución liberal le entregó diferentes proyectos, formulados por hombres de muy distintas opiniones, y le encomendó la redacción de otro, que debía presentarle. Napoleón, que no era agradecido ni rencoroso, ni veía en los hombres sino el bien ó